

y con un Atlántico de por medio? El soporte material que la palabra toma prestado del lenguaje tiene sus exigencias. Por eso convendrá saber que este "minilibro" pudo realizarse gracias a esa nueva forma de artesano que nos dispensa la técnica actual. Así, se compuso y compaginó en Barcelona - en tipo de letra *Caslon*, para más señas -, con los textos recibidos por fax y correo electrónico. Una vez compuesto, tapas incluidas, se envió por el mismo correo electrónico para su impresión en Buenos Aires.

Nada hubiera sido posible sin la colaboración al otro lado del Atlántico de una serie de personas que pusieron los medios necesarios para ello. Graciela Brodsky, con su prontitud en el dominio del fax y de la información rápida; Catherine Bonningue, con su constancia en recoger el curso de Jacques-Alain Miller; Jorge Bekerman, con la precisión, *byte a byte*, del correo electrónico; Daniel Iglesias, con las buenas artes de la imprenta y el cuidado del producto final. Cada uno, con alguna que otra noche en blanco...

Es la primera prueba de las potencialidades de la red electrónica que no podemos desconocer y con las que la AMP debe actualizarse, como hizo en su momento con el fax. Una nueva topología se abre como soporte de la palabra, otra escena que incluye otro tiempo, distinto no sólo por más rápido sino también por más efectivo en la lógica subjetiva de lo que llaman comunicación. La AMP está en este tiempo.

MIQUEL BASSOLS  
14 de Julio de 1996

## LA INTERPRETACIÓN AL REVÉS

¿Usted no dice nada?

- Ah sí, digo algo. Digo que la edad de la interpretación ha quedado atrás nuestro.

Es lo que todos dicen, pero sin saberlo todavía. Y es por ello que estas Jornadas sobre la interpretación tenían necesidad de una interpretación.

La edad de la interpretación ha quedado atrás nuestro. Es lo que sabía Lacan, pero no lo decía: lo hacía entender y empezamos sólo a leerlo.

Decimos "la interpretación", no tenemos otra palabra en la boca, nos asegura de que, en nosotros, la "historia" del psicoanálisis prosigue. Pero decimos "la interpretación" como decimos "el inconsciente", sin pensar ya en la conciencia, y en negarla. "El inconsciente", "la interpretación", son las palabras de la tribu, a cubierto de las cuales se insinúa el sentido nuevo que se anticipa enmascarado.

¿Qué es el inconsciente? ¿Cómo se interpreta su concepto - cuando no lo refiero ya a la conciencia sino a la función de la palabra en el campo del lenguaje? ¿Quién no sabe que el inconsciente se encuentra entonces por entero en el *decalage*? - el desfase que se repite desde lo que quiero decir hasta lo que digo - *como si* el significante desviara la trayectoria programada del significado, y es eso lo que da materia para interpretar - *como si* el significante interpretara a su manera lo que quiero decir. Es aquí, en este *decalage*, donde Freud sitúa lo que denominó "el inconsciente" - *como si* ese querer decir mío, que es mi "intención de significación", fuese substituido por un querer decir distinto que sería el del significante mismo, y que Lacan designó como "el deseo del Otro".

¡Qué simple es esto! ¡Qué conocido resulta! ¿Por qué la conclusión que se inscribe con estos dichos ha tardado entonces en aparecer a la luz del día - a saber, que la interpretación no es otra cosa que el inconsciente, que la interpretación es el inconsciente mismo?

¿Por qué Lacan no cuenta a la interpretación en el rango de los conceptos fundamentales? - sino porque está incluida en el concepto mismo del inconsciente. La equivalencia del inconsciente y de la interpretación ¿no es eso lo que surge al final del Seminario del

“Deseo y su interpretación” – en esta paradoja – el deseo inconsciente es la interpretación? La equivalencia inconsciente interpretación, ¿no es lo que se vuelve a decir bajo la forma del concepto del sujeto supuesto saber? ¿Será algo adquirido finalmente, lo vuelva a decir yo hoy una vez más?

Es un señuelo, hasta un callejón sin salida, unilateralizar la interpretación del lado del analista, como su intervención, su acción, su acto, su dicho, su decir. Sin duda, ha habido demasiada fascinación por el speech act del analista como para percibir la equivalencia de la que hablaba, la del inconsciente y la interpretación – el tiempo para comprender se ha prolongado aquí de forma indebida.

Las teorías analíticas de la interpretación sólo dan testimonio del narcisismo de los analistas. Es el tiempo de concluir. La interpretación es primordialmente la del inconsciente, en el sentido subjetivo del genitivo – es el inconsciente el que interpreta. La interpretación analítica viene en segundo lugar, se funda en la interpretación del inconsciente, de ahí proviene el error de creer que es el inconsciente del analista el que interpreta.

A falta de partir del *a priori* de que el inconsciente interpreta, se vuelve siempre, se diga lo que se diga, a hacer del inconsciente un lenguaje objeto y de la interpretación un metalenguaje. Pero la interpretación no está estratificada en relación al inconsciente, no es de otro orden, se inscribe en el mismo registro, es constitutiva de este registro. Cuando el analista toma su relevo, no hace otra cosa que lo que hace el inconsciente, se inscribe a continuación suyo, sólo hace pasar la interpretación desde el estado salvaje, en el que se demuestra que está en el inconsciente, al estado razonado al que intenta llevarla.

Hacer resonar, hacer alusión, sobreentender, hacer silencio, hacer de oráculo, citar, hacer enigma, mediodecir, revelar – ¿pero quién hace eso? ¿Quién hace eso mejor que nosotros? ¿Quién maneja esa retórica como si fuera de nacimiento, mientras que ustedes se rompen el espinazo para aprender sus rudimentos? ¿Quién – sino el inconsciente mismo?

Toda la teoría de la interpretación no ha tenido nunca más que un objetivo – enseñarles a hablar como el inconsciente.

La interpretación minimalista, el “yo no te lo hago decir”, ¿qué es eso entonces – sino colocar las comillas de la cita en lo dicho, descontextualizarlo, para hacer aparecer un nuevo sentido? ¿Pero

no es lo que hace el inconsciente con el sueño – como descubrió Freud con lo que llamó “los restos diurnos”?

El inconsciente interpreta. Y el analista, si interpreta, interpreta a continuación suyo. ¿Qué otra vía le queda abierta a fin de cuentas – sino es la de identificarse con el inconsciente mismo? Es el principio de un nuevo narcisismo, que no es ya el del yo fuerte. “¿Usted no dice nada?” Sin duda. Callarse es aquí un mal menor. Porque interpretar, el inconsciente nunca ha hecho otra cosa, y lo hace mejor, por regla general, que el analista. Si el analista se calla, es que el inconsciente interpreta.

Sin embargo, el inconsciente también quiere ser interpretado. Se ofrece a serlo. Si el inconsciente no quisiera ser interpretado, si el deseo inconsciente del sueño no fuera, en su fase más profunda, deseo de ser interpretado – Lacan lo dice –, deseo de tomar sentido, no existiría el analista.

Entremos en la paradoja. El inconsciente interpreta y quiere ser interpretado. Sólo hay aquí contradicción para un concepto somero de la interpretación. La interpretación, en efecto, requiere siempre la interpretación.

Digámoslo de otra manera: interpretar es descifrar. Pero descifrar es cifrar de nuevo. El movimiento sólo se detiene en una satisfacción.

Freud no dice otra cosa cuando inscribe el sueño como discurso en el registro del proceso primario, como una realización de deseo. Y Lacan los descifra para nosotros diciendo que el goce está en el ciframiento.

Pero aún ahí – ¿cómo está el goce en el ciframiento? ¿De qué ser es en el ciframiento? ¿Y qué lugar habita en el ciframiento?

Digámoslo de manera abrupta, tal como conviene a estas comunicaciones breves que son el estilo y la sal de estas Jornadas – no hay nada en la estructura de lenguaje que permita responder correctamente a la pregunta que planteo, salvo si se corrige esta estructura.

El año pasado fatigué al auditorio de mi curso haciéndole seguir los meandros a los que se obligó Lacan para integrar la libido freudiana en la estructura de lenguaje – y precisamente, en lugar del significado, dando al goce, si puedo decirlo así, el ser mismo del sentido.

Escandí los momentos principales de esta elaboración, que son cinco. Al final, es la descalificación misma del objeto a minúscula.

De esta manera, lo que Lacan bautizó con el nombre del *objeto a minúscula* es el desecho último de una tentativa grandiosa: integrar

el goce a la estructura de lenguaje, incluso si se amplía ésta hasta la estructura de discurso.

Más allá, se abre una dimensión distinta, donde la propia estructura de lenguaje se relativiza y sólo aparece como una elaboración de saber sobre "lalengua". El término de significante desfallece al captar aquello de lo que se trata - ya que está hecho para captar el efecto de significado, y tiene dificultades para dar cuenta del producto de goce.

A partir de ahí, la interpretación ya no será nunca más la que era. La edad de la interpretación, la edad en la que Freud conmovió al discurso universal con la interpretación, se ha cerrado.

Freud empezó por el sueño, que desde siempre se prestaba a la interpretación. Prosiguió con el síntoma, concebido sobre el modelo del sueño, como mensaje que debe descifrarse. Ya había encontrado por el camino la reacción terapéutica negativa, el masoquismo y el fantasma.

Lo que Lacan sigue llamando "la interpretación" ya no es esa interpretación, aunque más no fuera porque no se ordena con el síntoma sino con el fantasma. ¿Y no repetimos nosotros que el fantasma no se interpreta, que se construye?

El fantasma es una frase que se goza, mensaje cifrado que encubre al goce. El síntoma mismo debe pensarse a partir del fantasma, lo que Lacan llama el "sinthoma".

Una práctica que en el sujeto apunta al sinthoma no interpreta a la manera del inconsciente. Interpretar a la manera del inconsciente es quedar al servicio del principio de placer. Ponerse al servicio del principio de realidad no cambia nada, porque el propio principio de realidad está al servicio del principio de placer.

Interpretar al servicio del principio de placer - no buscan en otra parte el principio del análisis interminable. No está allí lo que Lacan llama "la vía de un verdadero despertar para el sujeto".

Queda por decir qué podría ser interpretar más allá del principio del placer - interpretar en sentido contrario del inconsciente. Aquí, la palabra interpretación sólo vale como sustituta de otra, que no puede ser el silencio.

Al igual que nos es preciso, como referencia, abandonar el síntoma por el fantasma, pensar el síntoma a partir del fantasma - de la misma manera no es preciso aquí abandonar la neurosis por la psicosis, pensar la neurosis a partir de la psicosis.

El significante como tal, es decir como la cifra, como separado de los efectos de significación, llama en tanto tal a la interpretación. El significante solo es siempre un enigma, y es por ello que está falto de interpretación. Esta interpretación necesita la implicación de otro significante, de donde emerge un sentido nuevo.

Es la estructura que hice resaltar hace un mes en la Sección Clínica de Buenos Aires, en un coloquio que trataba sobre el delirio y el fenómeno elemental.

El fenómeno elemental pone en evidencia, de una manera particularmente pura, la presencia del significante solo, en suspenso - a la espera del otro significante que le daría un sentido - y, por regla general, aparece el significante binario del saber que no esconde en este caso su naturaleza de delirio. Lo dicen muy bien - el delirio de interpretación.

Es la vía de cualquier interpretación: la interpretación tiene estructura de delirio, y es por ello que Freud no duda en poner en el mismo plano, sin estratificar, el delirio de Schreber y la teoría de la libido.

Si la interpretación que el analista tiene para ofrecer al paciente es del orden del delirio, entonces en efecto, sin duda es mejor callarse. Máxima prudencia.

Hay otra vía, que no es la del delirio ni la del silencio de la prudencia. Se seguirá llamando a esta vía, si se quiere, "interpretación", aunque no tenga nada que ver con el sistema de la interpretación, sino por ser su reverso.

Para decirlo con la concisión que exigen estas Jornadas, la otra vía consiste en retener S<sup>2</sup>, en no añadirlo con los fines de cernir S<sup>1</sup>. Es reconducir al sujeto a los significantes propiamente elementales sobre los que, en su neurosis, ha delirado.

El significante unario, insensato como tal, quiere decir que el fenómeno elemental es primordial. El reverso de la interpretación consiste en cernir al significante como fenómeno elemental del sujeto, y como anterior a que se haya articulado en la formación del inconsciente que le da sentido de delirio.

Cuando la interpretación se hace el émulo del inconsciente, cuando moviliza los recursos más sutiles de la retórica, cuando se moldea con la estructura de las formaciones del inconsciente - entonces nure ese delirio - ahí donde se trata de dejarlo hambriento.

Si hay aquí desciframiento, es un desciframiento que no da sentido. La psicosis, aquí como en otras parte, pone la estructura al des-

ne  
Tel  
-  
el  
era de  
es  
edad

cubierto. Así como el automatismo mental pone en evidencia la xenofobia profunda de la palabra, el fenómeno elemental está ahí para manifestar el estado original de la relación del sujeto con la lengua. Sabe que lo dicho le concierne, que hay significación, no sabe cuál.

Es por ello que, precisamente aquí, anticipándose en esta otra dimensión de la interpretación, Lacan recurre a *Finnegans Wake*, es decir a un texto que, jugando incesantemente con las relaciones de la palabra y de la escritura, del sonido y del sentido, tejido de condensaciones, de equívocos, de homofonías, no tiene con todo nada que ver con el viejo inconsciente. Cualquier punto de capitonado se ha hecho caduco. Es por eso que no se presta a interpretación, ni a traducción - a pesar de esfuerzos heroicos. No es él mismo una interpretación y reconduce maravillosamente al sujeto de la lectura a la perplejidad como fenómeno elemental del sujeto en la lengua.

Digamos que ahí  $S^1$  absorbe siempre a  $S^2$ . Las palabras que traducirían su sentido en una lengua distinta son como devoradas por adelantado por ese texto mismo, como si se autotradujera y, por ese hecho, la relación del significante y del significado no toma forma de inconsciente. No podrán separar nunca lo que Joyce quería decir de lo que dijo - transmisión integral, pero de un modo inverso al matema.

El efecto cero del fenómeno elemental se obtiene aquí a través de un efecto alef, que se abre al infinito semántico, o mejor todavía, a la fuga del sentido.

Lo que llamamos todavía "interpretación", aunque la práctica analítica sea siempre más bien postinterpretativa, revela algo, sin duda, pero ¿qué? - sino una opacidad irreductible en la relación del sujeto con la lengua. Y es por eso que la interpretación - esa postinterpretación - no es ya, hablando exactamente, puntuación.

La puntuación pertenece al sistema de la significación, es siempre semántica, efectúa siempre un punto de capitonado. Es por eso que la práctica postinterpretativa, que de hecho toma cada día el relevo de la interpretación, se sitúa no con la puntuación sino con el corte.

Imaginemos este corte por el momento como una separación entre  $S^1$  y  $S^2$ , esa misma que se inscribe en la línea inferior del matema "discurso analítico":  $S^2 // S^1$ .

Las consecuencias son fundamentales para la construcción misma de lo que llamamos la sesión analítica.

La cuestión no es saber si la sesión es larga o breve, silenciosa o charlatana. O bien la sesión es una unidad semántica, en la que  $S^2$  viene a hacer de puntuación a la elaboración - delirio al servicio del Nombre del Padre - muchas sesiones son así. O bien la sesión analítica es una unidad a-semántica que reconduce al sujeto a la opacidad de su goce. Ello supone que antes de ser cerrada en bucle sea cortada.

Opongo pues aquí, a la vía de la elaboración, la vía de la perplejidad. La elaboración, no se preocupen por eso, siempre habrá elaboración sobreañadida. *la perplejidad*

Propongo pues a la reflexión de estas Jornadas que la interpretación propiamente analítica - conservemos la palabra - funciona al revés del inconsciente.

*Viene a continuación un resumen de una de las respuestas de Jacques-Alain Miller a las preguntas de la asistencia.*

Hemos partido del diagnóstico planteado por Serge Cottet, "el declive de la interpretación" - que dio en el blanco después de que la recogí el año pasado en su exposición en la Sección Clínica. Él señalaba dificultades que clasificaba en el orden de un cierto síntoma. A este término de "declive", que nos captura en el sintagma "grandeza y decadencia", a ese lado de sombra, he intentado darle el lado de luz. Positivizo lo que puede situarse en un primer análisis como un declive de la interpretación. Sublimo este declive de la interpretación en práctica postinterpretativa. ¿Cuándo empezó, pues, esta práctica? Con Freud mismo, no se puede dejar de percibirlo.

NOTA: Esta comunicación fue anunciada por mí en el programa de las Jornadas bajo el título "El reverso de la interpretación" (*L'envers de l'interprétation*) y presentada con tres frases: "La interpretación está muerta. No la resucitaremos. Si la práctica es una práctica de hoy, sin saberlo bien todavía, es ineluctablemente postinterpretativa". Hecha para tomar del revés una opinión media, esta comunicación oral se dirigía al efecto de sorpresa; lo obtuve, y con creces. Un éxito pues - o tal vez no...: porque virando a barlovento se (on) ahogó al pescado. Cf. al respecto una primera reflexión, *L'oubli de l'interprétation*, aparecido en *La Lettre mensuelle*, N° 144, diciembre de 1955, pp. 1-2.

El presente texto, establecido al cuidado de C. Bonninge fue releído por mí: he corregido poco. - J.-A.M.

Traducción: Miquel Bassols

Publicado en francés en *La cause freudienne* 32, Febrero 1996.

## EL OLVIDO DE LA INTERPRETACIÓN

1 - El hecho está comprobado: raras son las interpretaciones del analista mencionadas por los pasantes; con frecuencia están ausentes de sus testimonios.

Este hecho puede ser interpretado de diversas maneras.

Se puede ver allí un desfallecimiento del analista. Se lo puede uno imputar al pasante. Se puede pensar que es el ideal mismo de la interpretación, en tanto ésta no consiste en ningún enunciado del analista sino que sólo insiste en la puntuación que aporta a los enunciados del analizante. Se puede hasta sospechar la cuestión de que no es que no haya interpretaciones sino que ellas se borran, se olvidan, pasan.

2 - Las razones que lo explican se estrechan. Se distinguen tres.

La interpretación analítica juega su partida desde el punto de vista de la represión; ella suple a lo que no puede decirse; se concibe que pueda ella misma caer bajo el golpe de la represión.

También que la interpretación es siempre efecto del contexto y de la coyuntura. Por eso pierde su valor de verdad al ser mencionada, se disuelve en la cita, no perdura de ella más que un resto de saber.

Finalmente, en el olvido de la interpretación repercute una propiedad totalmente formal del efecto de *après-coup*. Mientras que el efecto es un fenómeno normalmente posterior a la causa y la prolonga, el efecto llamado de *après-coup* ejerce una potencia paradójica sobre lo que lo precede, retoca sus condiciones iniciales, disipa su causa.

3 - Un ejemplo se propone para ilustrarlo; lo ofrecen las últimas jornadas de la E.C.F. sobre la interpretación precisamente. El fenómeno de grupo no demuestra aquí otra estructura que el fenómeno subjetivo.

a) Una tesis a contracorriente, queriéndose interpretación, se hace oír. Es un disparo en un concierto. El estremecimiento es colectivo. En algunos la emoción alcanza casi la angustia.

b) En el instante siguiente, ya la compostura de la trama está en marcha. Sus modalidades son diversas, se escalonan desde el

apresuramiento aterrorizado hasta la apacible dilución, pasando por la puesta en serie

c) En el tercer tiempo, todo está consumado: los nudos de *impasse* que la interpretación corta se vuelven las premisas de la solución; allí donde era la angustia, hay ahora júbilo; el «couac»<sup>1</sup> se acalla en un nuevo concierto, a la manera de un *Te Deum*: el narcisismo del grupo se nutre de ello.

4 - El grupo realiza aquí el aparato psíquico.

El vuelve sensible que la homeostasis que se encuentra allí perturbada por lo que hace oficio de interpretación tiende a restablecerse. La interpretación introduce un elemento heterogéneo, que tiene valor de goce, que se reabsorbe en el mismo movimiento en que se graba. Resulta de ello el nivelamiento, el retorno de lo mismo.

Es por eso que se da cuenta que cuando un enunciado tiene efecto de interpretación, es siempre del Otro. La respuesta que solicita va a negar a este Otro, a los fines de restablecer la identidad de los pensamientos, respecto de los cuales la interpretación está en infracción.

El fenómeno de «psicología colectiva» sirve aquí de guía a la metapsicología de la interpretación. El surgimiento aleatorio del Otro demuestra el vigor necesario de lo Mismo que le salta encima, lo pone al paso, lo sofoca con el clamor unánime: «Nosotros pensamos todos lo mismo» Es decir «Yo ya lo sabía».

5 - Se discierne de este modo lo vano de imputar a la incompetencia del analista o a la del pasante, un fenómeno cuyos alcances son bastante más extensos, pero también que el olvido de la interpretación, de aquello que ha tenido efectos de interpretación, da la medida de lo que perdura de la represión.

Es decir que el pase, ejercicio de memoria, está hecho para ir contra el olvido de la interpretación y fracasa si es capturado por este olvido.

El pase no se resigna a la fatalidad del retroborramiento; va a contracorriente, conduce más allá del principio del placer.

6 - La misma lección vale para el grupo. Sin duda el grupo sí quiere durar, quiere la menor tensión, el equilibrio, la convergencia,

more

la armonía. Sin embargo, si vive bajo el régimen exclusivo de lo mismo, si lo diferente lo importuna, lo embaraza, si lo rechaza, por exclusión, pero también por asimilación, se aburre, se marchita, finalmente se disgrega. La identidad de los pensamientos, que ciertamente lo protegen, terminan socavándolo.

Querer pensar lo que otro piensa, cambiar sus palabras a toda prisa, citarlas sin comillas, borrar su enunciación, es amordazarlo, sin duda, pero no menos que amordazarse a sí mismo, obligarse a hablar como él, e impedirse inventar, ya que inventar supone un cierto desvío asumido.

Un grupo, si es aquel que quiere el pase, no podría abandonarse a la corriente que conduce lo colectivo al terror conformista.

7 - Estas observaciones autorizan algunas consideraciones sobre la *École de la Cause freudienne*.

¿No habrá llegado el momento de escribir en su frontón la divisa, retomada de Lacan: "*No hay enunciación colectiva*"?

La existencia de una comunidad de trabajo no va sin fenómenos de influencia, de eco, de sugestión, sin una circulación de enunciados donde lo que uno dice, el otro lo repite. Pero la comunidad se hunde si esos fenómenos se precipitan en la ilusión de que miles de bocas dicen y deben decir lo mismo: Esto harta, pegotea y confunde.

En una comunidad de trabajo precisamente es vital respetar la enunciación de cada uno en lo que ella tiene de azarosa, de singular, y también de desplazada.

Atribuir a cada uno lo que le retorna de lo que enuncia sin identificarse a él ni confundirlo con la masa. Para discutirlo, disputarlo, es condición apoyarse sobre su dicho, argumentar a favor y en contra, de manera de hacer quizás el paso siguiente, que es siempre un paso de costado. Es reconociéndole la paternidad del enunciado sobre la «declinación de la interpretación» que el otro cum grano salis plantea el suyo, sobre «la muerte de la interpretación» y elabora su tesis de «el inconsciente interpreta» que provoca un escándalo. Es porque uno y otro no dicen *Se* dice, y dislocan ese *Se*, que obligan al otro a hablar por su propia cuenta, conforme al principio de la Escuela: «Quien enseña, lo hace a cuenta y riesgo propio».

La poesía debe estar hecha por todos, decía Lautréamont, no por uno. El psicoanálisis también. Pero a condición de que ese «Todos» no haga precisamente Uno.

8 - La dimensión asociativa, negligida en la *École freudienne de Paris*, se vengó de ella, llevando a su disolución en el plazo de dieciséis años. Aproximándose al mismo plazo, la *École de la Cause freudienne* no debería desconocer el mal insidioso que podría ganarla si se tuviera cuidado, y que es inverso: en ella, la Asociación contamina la Escuela.

La Asociación dispone de mecanismos estatutarios para producir un sujeto supuesto saber, una voluntad, una voz. La Escuela es otra cosa. No hay voz de Escuela, no hay concilio para decidir la doctrina, no hay consenso que haga de ley de pensamiento.

Dije, en una discusión en ocasión de las Jornadas, que la novedad tenía en psicoanálisis un estatuto muy particular. Estas palabras, retomadas sin comillas, no han sido prolongadas. Me corresponde pues hacerlo. Lo nuevo en psicoanálisis es siempre del orden de la interpretación; es lo que se gana sobre la represión; el «Ya lo sabía» que la acoge, el «yo también lo había pensado» que la borra, el «Todos juntos al paso» que es su bandera, lejos de desmentirlo, lo verifican.

9 - La Escuela, el pasante: uno y otro se honran por no olvidar la interpretación. Y el analista: por no declararse libre de ello.

12 de noviembre de 1995

Extracto del artículo publicado en "La lettre Mensuelle" de diciembre de 1995. Una parte fue publicada en castellano en "El Caldero" de la Escuela, EOL. Marzo, Abril 1996, traducida por Graciela Esperanza.

<sup>1</sup> couac: sonido falso y discordante, en castellano: gallo.

31-150

4